

Autor: Sniverus

Dedicado a todos los abuelos:

Humildad, sabiduría, gratitud...son solo algunos adjetivos que se me vienen a la mente cada vez que escucho la palabra abuelos. Ellos, por suerte o por desgracia han vivido muchas más cosas malas que buenas, y todo por causa de una absurda y terrible guerra que les sorprendió siendo muy pequeños. Y a pesar de ello ahí los tienes. Llenos de valor, de esperanza y de ilusión, dándonos todo de ellos y recibiendo tan poco de nosotros. Como es ley de vida todo el que viene va, y cuando ellos se marchan, dejan un vacío tan inmenso que no sabes qué hacer ni en qué dirección continuar tú camino.

Recuerdo muy bien mi primera pérdida, la de mi abuela, y a la que tantísimo debo. Fue una nublada tarde de marzo de 2017. Y para ese entonces yo tenía 18 años. Yo iba a verla pero parece ser que la muerte se nos adelantó. Me sentí pequeña en un enorme mundo y una lluvia imaginaria cubría todo mi cuerpo dejando a su paso una inmensa tristeza y una más grande impotencia. No sé, pero a pesar de todos esos sentimientos que la pérdida deja a su paso cada vez que escucho canciones bonitas me acuerdo de ella.

Una de mis canciones favoritas me la enseñaron mis abuelos en una de sus visitas. Cada vez que necesitábamos ayuda ellos venían sin pensarlo dos veces y sin esperar nada a cambio. En uno de nuestros paseos, mi abuelo empezó a tararear un pasodoble que enseguida mi abuela reconoció y comenzaron a cantar al unísono. Ese pasodoble no podía ser otro que el de José Luis Megía García, que nos ayuda a recorrer todos los lugares mágicos de Cuenca. Y es que como a tantos otros, cada vez que ellos pasaban por Cuenca se les alegraba el corazón.

Ellos se quedaban fascinados con nuestra hermosa ciudad. Fue gracias a mi abuelo que me enteré que la calle carretería antes no se llamaba así. Se llamaba calle de los carros porque era el camino principal por el que pasaban los carruajes para el comercio. El paseo continuaba y el viaje por la historia también. Tras una gran cuesta de adoquines de piedra y vigilados por casitas de colores llegamos a la plaza mayor, donde tras pasar por debajo del Ayuntamiento se encuentra nuestra catedral. Ese día también me enteré que nuestra catedral es cristiana gracias a Alfonso VIII, quien en 1177 conquistó nuestra ciudad. Otro de los lugares que fascinaba a mis abuelos eran esas casas con balcones de madera que hoy conocemos como las Casas Colgadas. Y es que para mi sorpresa las Casas Colgadas sirvieron en su momento como albergue para personas pobres y sin hogar y originalmente fueron 8 y no las tres que conocemos en la actualidad. Mi abuela no era muy aventurera pero solo le faltó un poco de ánimo por mi parte para atreverse a cruzar el puente San Pablo y observar toda la ciudad desde las alturas.

Yo escuchaba con atención todas las historias que ellos me contaban pero al mismo tiempo reflexionaba sobre el gran esfuerzo que debió ser construir todo lo que hoy disfrutamos. Mi vista estaba puesta en ellos, en mis abuelos, pero mi mente pensaba en todos aquellos abuelos de abuelos que con su trabajo y esfuerzo hicieron posible esta ciudad encantada, mi ciudad, que es Cuenca.

De verdad no debemos desaprovechar el tiempo con ellos porque ciertamente son como una gran enciclopedia, y es que gracias a ellos sabemos cuándo es mejor cultivar, qué cocinar con las frutas y hortalizas de temporada, que en abril aguas mil o que cuando el Júcar suena es porque agua lleva.

A pesar de haber crecido en una época triste llena de escasez, viéndose obligados a abandonar la escuela a muy temprana edad para ponerse a trabajar, no perdieron nunca

la sonrisa ni la esperanza. Por todo esto se merecen el mayor de los respetos y cuidarlos al máximo dándoles todo el cariño y amor que podamos. Porque quien tiene a sus abuelos tiene un tesoro. Porque ellos son nuestras raíces y ellos han construido el camino para que lo sigamos.

Ojalá donde estén cada uno de ellos tengan su propio altar, porque ellos son los héroes que merece este mundo. No puedo retroceder en el tiempo pero si pudiera hacerlo volvería a ese paseo por la historia que mis abuelos me regalaron, y viendo el atardecer desde la ermita de la Virgen de las Angustias les cogería de la mano para gritar:

¡GRACIAS!

Gracias por hacer de este mundo algo más bonito.

Gracias por consolarnos en nuestras noches de miedo.

Gracias por apoyarnos y cuidarnos.

Gracias por ser música en noches de tormenta.

Y sobre todo GRACIAS por ser y hacer historia.